

esta horrible crisis de traición y sus regias personas de malvados y abominables traidores. Antonieta me parece la triste lady Macbeth de todo un pueblo. Ni lo espantoso del castigo puede bastar á redimirla del crimen. Todas las aguas de rosa echadas por la retórica reaccionaria sobre las cartas de Antonieta en esta crisis, no le quitan su hedor á manzanilla, y á carnicería y á podredumbre. Cuanto Fersen le dice, por Julio, que se apresuran las operaciones, que los prusianos se aceleran, que la irrupción comenzará en principios de Agosto; la Reina, sin ver el saqueo, el incendio, del degüello, el exterminio, declara que una voz interior le anuncia próxima felicidad; y, como por las altas horas de aquellas noches penetrara en su cuarto un rayo de luna, lo saluda con tanto júbilo, como si aun estuviera en Triánón, rayo de poesía y de amor, sin acordarse para nada de que muy pronto envolverá con su argentado sudario tal rayo las ruinas amontonadas sobre las fronteras del reino que la reconoce, y sobre los cadáveres del pueblo que la proclama su señora y su Reina. Y parecía dirigir las operaciones del enemigo, según lo enterada de sus caminos y de sus operaciones. Con una ingenuidad bien estulta, refiere su azafata, la Campan, estas infamias. Tal día, exclamaba, estarán aqueñde las fronteras; tal otro día se habrán apoderado de Verdun; á esta hora comenzará el asedio de Lila; y á estotra podrán verse sus avanzadas desde lo alto de las torres en París. Y he ahí la única esperanza de Antonieta: la irrupción, la guerra, la conquista, el extranjero. Si algún patriota le aconsejaba un esfuerzo nacional por su salvación, y le ofrecía llevarla entre filas de tropas fieles y franceses á Compiègne, se indignaba; pues, no solamente quería la derrota de los liberales, quería también la derrota de los franceses, y se holgaba con mirar por anticipado el suelo de Francia bajo las plantas de sus regios consanguíneos del Austria. Y, para que se vea de cuán estúpida ceguera se hallaba la infeliz aqueñada, creía el manifiesto realista propio para defender su dinastía, cuando por ese infame y grosero manifiesto, publicado en París casi al mismo tiempo que en la frontera, demostrando como lo viera la Reina, mucho antes de su publicación, debía pasar su real persona de las Tullerías al Cuerpo Legislativo, del Cuerpo Legislativo al Temple, del Temple á la Conserjería, y de la Conserjería, por fin, al cadalso.

La Reina tenía fama de dar el mal de ojo, como le llamamos nosotros, la *jetatura*, como llaman á esta falsa condición los italianos. Así nació el día de difuntos, y nació á la hora misma de haber estallado uno de los accidentes, mejor dicho catástrofes, más terribles del mundo, la célebre destrucción de Lisboa por los terremotos; encontró, al pisar el suelo francés, en su alojamiento primero, una tapicería representando Medea en el destrozo de sus hijos trucidados y las terribles bodas de Jasón; presencié la muerte por asfixia de innumerables parisienses aplastados en el puente de la Concordia por los días y noches de sus nupciales festejos. Con tales presagios, todo el mundo adivinaba su destino: perder la monarquía. Por mucho que hiciera para echárselas de francesa, creíanla, desde los Princi-

pes hasta los revolucionarios, austriaca. Y en este momento de guerra con Austria y de aproximación del ejército invasor austriaco á París, lo era con excesos de perjurio y de traición. «¿Cuándo nos veremos en paz como antes?» Preguntaba la infeliz en casi todas sus cartas al amigo predilecto. ¿Como antes? Pues, al escribir tales cosas, ¿no veía que lo de ahora, es decir, lo de Agosto del noventa y dos, estaba contenido en todo lo de antes? Cuando la Reina y Fersen podían hablarse á su guisa, los corruptores y las camarillas tomaban desolador influjo; oían los cortesanos que llamaban en las regias tertulias al Rey muchacho gordo y mal criado; los juegos al ruinoso *lansquenete* duraban treinta y seis horas, en las cuales Antonieta no tomaba una siquiera de sueño y rehacía sus fuerzas alimentándose de pie, cual si odiara el necesario reposo; caía sobre aquel erario la familia Polignac, sus favoritos, á la manera que cuervos sobre cadáveres; los bailes de máscaras, frecuentados sin su marido, le valían escándalos sin cuento y fama bien infame, pues nadie podía encontrar inocencia en aventuras tan extrañas y nocivas, donde la Reina, magüer su careta, se delataba desde los primeros momentos, y seguida como una máscara cualquiera, oía lo que no pueden oír orejas honradas; entre sus gentiles-hombres, uno, Benzeval, se distinguía por sus interjecciones de carretero y su lenguaje de taberna; otro, Lauzun, por haber puesto la rodilla en tierra, cuando bajaba de su carroza, para que le sirviera de animado estribo su muslo, y otro, Coigny, por públicamente reñirla si hablaba con algún gentil-hombre; representaban ella y los suyos las comedias revolucionarias de Beaumarchais sin escrúpulo ni reserva en pleno Versalles, contribuyendo así á la revolución; el Príncipe de Provenza, padrino del primer Delfin, en la pila bautismal, preguntaba por el padre de la criatura, y contribuía con esta pregunta, difundida de barrio en barrio, á deshonorar la persona de su hermano y difamar el nombre de su cuñada y poner la dinástica legitimidad en duda; sucedían sublevaciones cortesanas porque se bajaban cuatrocientos mil escudos en los presupuestos de las reales cuadras ó se suprimían los reales monteros; á los escándalos del teatro y del baile sucedían los escándalos del collar; despedíase á los diputados de sus fecundas sesiones y se llamaba con el reclamo de las orgías los guardias de corps para que desacatasen á la Constituyente; huían los Reyes con demencia para volver en cautiverio; resumiéndose así por los más allegados á palacio el juicio sobre Antonieta en estas palabras: mujer más pagada de su sexo que de su trono. Fersen era todo un caballero cumplido; mas su inteligencia se asemejaba mucho en su carencia de ideas á esos cielos brumosos que no dejan paso al resplandor de una estrella, pues no dejaba paso ninguno al resplandor del pensamiento. Cumplió como bueno, y parece tipo de un romance caballeresco, al despedirse de la Reina tras el escándalo de la Opera, donde los rodearon las gentes, cuando él con verdadero culto la seguía; y pasó el mar, huído del peligro de su pasión y del daño que pudiera inferir á su amiga, para pelear por la República y por la libertad en América; pero su amistad platónica y los consejos de su amistad todavía perdieron y deshonraron



á la Reina más en la edad madura que su amor entusiasta y sus galanteos caballerescos en la florida y juvenil edad. Cuando se proponían reformas sobre las cargas del Tesoro, Fersen las tomaba por una propiedad tal que aseguraba ser dignos tales despojos únicamente de Turquía. Al reunirse los Estados generales decía el noble á su padre, describiendo la primera sesión: «imposible imaginarse la indecencia de todo esto». El día de la Bastilla notó en aquella creadora tempestad «la carencia de fiacres parisienses, todos retirados á las cocheras». Comentando la situación del ejército escribía: «no deben los Reyes fiarse del soldado francés; hay que llamar soldados extranjeros». Y ante la emigración: «he ahí los efectos del progreso, de las luces, de la filosofía; un total naufragio para siempre de Francia». El nueve de Octubre, cuando la familia real por culpa de los guardias y sus juramentos orgiásticos es trasladada por el pueblo á las Tullerías: «Dios me preserve de tornar á ver en mi vida un tan espantoso espectáculo». En los festejos tan admirables de la Federación, únicamente ve «danzas como las frecuentes de los salvajes al comerse un cristiano». Fersen llevó en la preparación del viaje á Varennes tan lejos la temeridad suya, que hizo fabricar una berlina monstruo, la cual parecía de Monarcas yendo á Nuestra Señora, y no de fugitivos yendo á suelo extraño; y para dar un cuarto al pregonero, guió la preparada berlina por los paseos á carrera tendida y encontró en uno de tales ensayos al duque de Orleans que le bromeó con aquella fábrica y le dijo si pensaba robar el cuerpo de las bailarinas en la Opera, ó si pensaba robar el cuerpo entero de las coristas y trasladarlas á Stokolmo, su patria. Por último Fersen encargó á Calonne, como á gran político, el manifiesto de Brunswik, é hizo que lo firmara éste como una gran cosa, creyendo abría los caminos del triunfo, y abrió los caminos del cadalso.

Este patíbulo, á donde fué Antonieta por instintos análogos con los que determinan la muerte del suicida, se interpone, como una sombra gigantesca, en los anales de la revolución entre tan grandioso hecho y el sereno juicio histórico. Sin embargo, el medio ambiente social y las imposiciones fatales del tiempo lo produjeron, como puede producir un terrible manzanillo para la muerte y un fecundo cocotero para la nutrición el ardiente trópico. Y la prueba de que lo produjera el medio ambiente se halla en que, dado un espíritu idéntico y dadas unas circunstancias análogas, el hecho se repite, quiero decir, brota el cadalso en tiempos apartados y para personas diversas. En el siglo décimo-sexto pedía el movimiento social incontrastable la revolución religiosa; en el siglo décimo-octavo pedía la revolución política. Una serie de afirmaciones teológicas, mostradas en el desarrollo de las herejías, que nunca se interrumpen desde Simón el Mago hasta Lutero el alemán, trajo la revolución religiosa; otra serie de afirmaciones filosóficas, que nunca se interrumpen, desde Abelardo hasta Voltaire, trajo la revolución política. Formaron estas afirmaciones sendas un medio intelectual primero, y después un medio social, fuera de los que no se podía ni respirar, ni vivir. Había que acomodarse á estos medios sociales como se

acomodan los organismos ó especies al aire donde arde la llama de su vida y al suelo de que granjean el alimento á sus cuerpos. La Monarquía, como lo vemos hoy en tantas monarquías constitucionales, cual existen en rededor nuestro, tienen flexibilidad para compadecerse con el espíritu moderno cuando quieren, y vivir, no con las realidades, pero sí con las apariencias, de su antigua grandeza. El movimiento religioso produjo la Escocia del siglo décimo-sexto; y el movimiento filosófico, la Francia del siglo décimo-octavo. Por este movimiento Escocia tendía de suyo á la República y á la República tendía de suyo Francia. Sin embargo, el tiempo y el espacio tienen su parte magna en la política, cual puedan tenerla el pensamiento y la fe. Surgía el movimiento revolucionario en Escocia poco después de terminada la Edad Media; tenía que ser más monárquico y más religioso de suyo que el renuevo francés, determinado después de concluir el Renacimiento. Así la revolución de Escocia fué cristiana y la revolución de Francia fué científica. Todavía predominaba el sentimiento sobre la razón en el siglo décimo-sexto y comenzaba de suyo á predominar sobre el sentimiento la razón en el siglo décimo-octavo. Pero las dos revoluciones tuvieron dos hermosas víctimas; la escocesa inmoló á María Estuardo, la francesa inmoló á María Antonieta. Y ni María Antonieta, ni María Estuardo comprendieron que la irradiación revolucionaria provenía de centros y núcleos, tan ajenos á ellas, como la irradiación astral ó etérea, ni se acomodaron á vivir en paz con todo aquello que no podían evitar en conciencia. Las especies naturales dan á estas clases privilegiadas ejemplo y enseñanza de cómo deben proceder cuando se hallan en un medio social, imposible de suprimir ó de alterar. Indudablemente por los períodos glaciarios hubo aquí rengíferos como hubo por los períodos tropicales jirafas en el Sena. Pues los rengíferos se han ido y Laponia y las jirafas á Egisto en busca de un medio ambiente donde respirar y vivir. Ni la jirafa, ni el rengífero, podrían aclimatarse hoy en nuestro medio ambiente, por frío éste para los unos, y encendido para los otros. De aclimatarse á la revolución religiosa María Estuardo, hubiese reinado en paz y conseguido mucha gloria, como reinó en paz y consiguió mucha gloria su prima Isabel de Inglaterra; de aclimatarse á la revolución política María Antonieta hubiera podido reinar en Francia como reinó la hija del destronado Jacobo II, por esposa, y nada más que por esposa, de Orange, quien, poseído por las ideas del siglo, destronó á los Estuardos y se ciñó su espléndida corona. Todavía hubieran podido una y otra combatir la libertad con mayor logro y fortuna, si al mismo tiempo no hubieran combatido la patria. Combatiendo la libertad, tuvieron muchos enemigos en contra, pero también muchos amigos en pro; combatiendo la patria, se quedaron solo con cortesanos, los cuales, aún queriendo servirlos, no podían de ningún modo vencer y contrastar á un tiempo las corrientes del siglo y los afectos patrióticos de las muchedumbres. La Reina de Escocia tenía su corazón en Francia, y la Reina de Francia tenía su corazón en Austria. La primera todavía pudo con esperanzas de lucha prolonga-



dísima sostener su porfía con los presbiterianos, como la segunda todavía pudo con esperanzas de lucha prolongadísima sostener su porfía con los revolucionarios; pero ambas á dos se perdieron, cuando la una, por amor á Francia hostilizó á Escocia, y cuando la otra, por amor á Germania, hostilizó á Francia. Esto de creer la una que podía entregar el reino á los franceses y creer la otra que podía franquear las líneas francesas á los austriacos sin purgar felonía tan criminal, era una ilusión, en ambas sugerida por el peso de las coronas sobre sus respectivas frentes y por los vértigos que prestan á sus ocupantes las vertiginosas alturas del trono. Así no hay más que mirar un minuto la figura de María Estuardo para comprender cómo se asemeja del todo la figura de María Antonieta y decir después de haberla contemplado cómo no son estas coincidencias casos fortuitos, provenientes de casualidades vanas, sino resultados lógicos de leyes universales históricas, á cuyo imperio no puede sustraerse la humana sociedad.

Cuando, á las orillas del Sena, en los jardines que bordan sus dos lados, evoca la mente aquellos palacios de Francisco I y Enrique II, cristalizaciones gigantescas del espíritu de su tiempo, tallados, como un diamante, y como los engarces de una joya preciosísima compuestos y esmaltados; por sus cresterías, parecidas á diademas, ceñidos, y rematados por las torres aéreas ó por las pirámides recamadas de bajos relieves; á la vista de las Dianas surgidas del buril de Benvenuto; entre las figuras de corte clásico y color veneciano ideadas por el Primaticci y el Rosso; bajo los grotescos y sus iris ceñidos por áureos artonados; junto á los manantiales corrientes al pie de las estatuas levantadas por Juan Gujon y ebrias del recién resucitado sensualismo clásico; al eco de las cítaras y de los coros que acompañan las imitaciones más ó menos artificiosas de la poesía clásica; y al paso de tantas damas vestidas con los brocados tejidos en Florencia y coronadas con perlas recientemente traídas de las Indias, cuando vuelven de los torneos ó van en procesión á los certámenes; se busca involuntariamente á la pobre María Estuardo para holgarse contemplando sus grandes y merecidas venturas, ya que bien pronto caerá en grandes y quizás también merecidas desgracias, las cuales se agrandan y recrudecen al contraste brusco entre las áureas gradas del trono y las siniestras gradas del cadalso. Nada tan propio para la poesía, en cualquiera de sus formas, para el drama sobre todo y la tragedia, como esta fatídica sombra dilatada sobre la cabeza y la diadema de mujeres tan hermosas; pero nada tan opuesto al ministerio de un historiador y á su alta imparcialidad que tiene obligación de poner en su punto estas cosas y reemplazar la poesía con la exactitud. En aquella corte de María Estuardo, donde reinaba con tanto esplendor el arte, no lucía la moral ciertamente. Sus reyes, casados por razones políticas, no se contentaban con la mujer designada por la religión, escogían otras varias á su arbitrio y á su capricho, ridiculizando á quienes mostraban algún culto al hogar doméstico, y teniendo sólo por caballeros á los acompañados por mujeres ilegítimas. Francisco I escogía en sus últimos años una manceba

que luego legaba, como un vínculo, á su hijo, quien, á pesar de tener la heredada cincuenta años, quería con todo su corazón, y la colocaba, hasta en los actos públicos, sobre su esposa Catalina de Médicis, cómplice, y hasta tercera, en el amancebamiento de su propio marido. Mas no sólo faltaba la moral doméstica en aquellos tiempos y entre aquellos reyes, faltaba la moral pública. Enrique II no había de tardar, por tanto, en imbuir á la hermosa Estuardo la doblez en el proceder, la mentira en el decir, la infidelidad en el jurar, como procedió su lejana sucesora en el trono. A los quince años casóla con su primogénito Francisco, de la misma edad casi que María, exigiendo la presencia de representantes del reino escocés para presenciarse y autorizar el matrimonio. En efecto, no estaba Escocia, como Francia entonces, á merced por completo de sus reyes, ó de las familias con sus reyes competidoras y émulas á causa de su poder y grandeza, restos y fragmentos de las edades feudales; existía un Parlamento, no como los Estados Generales, reunidos al arbitrio del Rey, sin atribuciones verdaderas y propias, no; cuerpo en su esencia político, de facultades legislativas, de poder grandísimo, celaba los actos de los poderosos y les imponía muchas veces su voluntad y su pensamiento por medio de continuos convenios, germen de las costumbres parlamentarias y de las libertades británicas. Fueron los emisarios escoceses del Parlamento al ostentoso matrimonio de su Reina, verificado bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París, y bendecido, en presencia de toda la regia familia, por el cardenal de Borbón. María convino en todas cuantas condiciones impusieron los diputados del Parlamento escocés á su matrimonio. Faltábale tiempo en su amor para llamar á Francisco, Rey de la bella Escocia, y para llamarse á sí misma Delfina de la poderosa Francia. Pero, después de haber convenido con todo cuanto los escoceses le pedían y de haber sancionado con sus capitulaciones matrimoniales; aquella pobre joven, de tanto candor, de tanta hermosura; inspirada por la más ingenua ternura y objeto de las mayores alabanzas, cometió un acto de inconcebible traición á su patria. Pretextando que la regencia de su madre no tenía bastante fuerza, ni su propio nombre bastante autoridad sobre su pueblo, constreñido á obedecer un Parlamento, que mandaba todo el ejército y retenía todas las fortalezas, revocó en secreto las promesas dadas y los juramentos prestados en público, cediendo la tierra de su Escocia con todos los derechos heredados sobre tan viejo suelo y sobre tan libres ciudadanos á la dinastía francesa y al poder de Francia. Y aun hizo algo, mucho más grave y terrible, la Reina en estas revocaciones de su palabra y en esta cesión de sus derechos; perteneciendo á la familia de los Tudores por sus abuelos, llevando en sus venas la sangre real británica, poseedora de sumas probabilidades al trono inglés, próxima pariente de Isabel y acaso en las complicaciones de lo porvenir su heredera única, según lo fué su hijo, cedió también el imperio de Inglaterra, su territorio, la corona ceñida por tantos reyes ilustres y consagrada por la sucesión de los siglos, á los mismos reyes á quien cediera la corona de Escocia. Las razones que daba para esta in-